

UNA PEQUEÑA

Como todas las noches, me acosté en mi catre amarillo. Es de lona, con armazón de madera, pero lo suficientemente fuerte como para haber durado todos estos años, y quién sabe cuántos más que estarán por venir. Es difícil despegarse de algo después que uno está acostumbrado.

Esa noche, pareció que toda la gente del pueblo se hubiese acostado temprano. Había un silencio muy relativo, con una música de fondo que se escuchaba venir desde unas tres cuadras calle abajo, en la venta de licores y juego de billar de Don Tomás Saavedra, y que seguramente dejaría de sonar al cabo de una hora u hora y media, cuando fueran cerca de las once de la noche.

De la casa de al lado se escuchaba el murmullo tenue de una conversación de los vecinos, dos jóvenes como yo, que seguramente ya estaban acostados en sus catres, muy similares al mío, y que se entretenían un rato echando cuentos, esperando que les diera sueño. Estaban justo del otro lado de la pared, y tenían la ventaja de estar acompañados. Ellos también dejarían de hablar en poco más o menos una hora, y ya disfrutaría yo de un silencio total, para entregarme a un profundo y reparador sueño.

Era época de lluvias, de modo que abundaba la plaga de zancudos por la noche, y de moscas a ciertas horas del día, que podían hacer la vida imposible a quien no tomara las medidas necesarias.

Lo del día no me preocupaba mucho, pues trabajando en el conuco me liberaba de tener que soportar el enjambre de moscas que se arremolinaban en la casa. Por la noche sí me molestaban los zancudos, pero principalmente en las horas tempranas, al igual que la música lejana de Don Tomás y la conversación amortiguada de mis vecinos.

Yo colocaba en el suelo un espiral encendido, que echaba humo al menos durante el tiempo necesario para quedarme dormido, y de esa manera lograba espantar por un rato a los mosquitos.

Dicen que esos espirales los hacen con bostas de vaca, pero en la bodega cuestan medio real cada uno.

Apenas me acosté, un zancudo me picó cerca del tobillo del pié izquierdo, produciéndome una comezón muy molesta. Me rasqué con desesperación e impaciencia. - Ojala que los benditos zancudos ya estén casi todos acostados - pensé.

Recé solamente un padrenuestro, como tenía por costumbre, como especialmente me acordaba de hacer cuando no tenía sueño, y me servía un poco para relajarme y disponerme a dormir.

Al cabo de un rato volví a rascarme el pie de la ronchita, y pensé: - A lo mejor es alergia - . Sí, alergia, puesto que al

momento de acostarme, recordé, un hilo moderadamente áspero me rozó el tobillo, era como el rabito de un ratón.

Esto también había que tenerlo en cuenta, que estaba en el campo, y entonces era muy frecuente encontrar un pequeño ratón comiéndose algunos residuos en la mesa, pasando velozmente por el baño, o tropezándose con uno al momento de acostarse.

Había un registro de texturas para cada cosa, o para muchas cosas, consciente o inconscientemente. Se conocía la textura del rabo de un ratón, de la hoja del maíz, de un fruto de cacao, de una arepa vieja, de una arepa nueva, las irregularidades de un plato de peltre desconchado, de la ropa de lino, y como es lógico, pues, de todas las cosas de uso diario que uno se pueda imaginar.

Cuando era un rapazuelo mi maestro se había reído mucho de mí, pues además de sentir las texturas, yo le dije que podía oler a los alacranes como a cuatro metros de distancia, y a los pajaritos llamados Cucaracheros a una distancia similar, y que esos pájaros tenían un olor como de fique nuevo, pero más suave.

Yo tenía un olfato de verdad privilegiado, pero lo perdí cuando comencé a fumar después de grande. Tenía excelente olfato para las comidas, eso sí, pero para nada más, prácticamente.

También sabía cuando una mujer era buena o de mala intención.

El hecho es que yo creí sentir un ratoncito que me había pasado por el tobillo izquierdo. No sé si fue así. Me dije yo mismo que la picazón había sido por el rabo del ratón, y que la pequeña irritación era por una alergia. Lo pensé para olvidarme de la piquiña de cerca del tobillo, porque ya me estaba dando sueño.

Me adormilé un poquito, con el antebrazo derecho sobre mi frente, algo cansado, pero comencé a sentir demasiado calor, y se me espantó de nuevo el sueño. En la cama parecía haber hormigas, porque sentí un insecto caminándome cerca de la espalda, y otro simultáneamente por el borde de una oreja. Me sacudí las hormigas, muy molesto, y me sequé el sudor de la frente, preguntando a Dios por qué me había hecho nacer en un sitio con un clima tan inclemente.

La plaga estaba molesta de verdad.

Cuando uno está sensible todo le molesta, es la verdad, y basta con pensar que en el cuarto hay muchos mosquitos, para comenzar a sentir sus picaduras o molestos ruidos.

Sentí un zumbidito sobre la oreja derecha. Moví mi mano rápidamente, y logré capturar en vuelo al responsable. Ya se había tomado lo que necesitaba de mi sangre, pero no se había querido marchar (para tragedia suya) sin antes haber molestado un poco mi sistema auditivo...pues en cuanto al momento en que me chupó la sangre de la oreja (si no es que era el zancudo que me había picado en el tobillo), yo no me dí cuenta en absoluto.

Tomé mi sábana tropicalizada, casi transparente por el uso, necesaria más para producir la sensación psicológica de estar aislado de los zancudos, que para abrigarse de un frío que no existe o para protegerse de las picadas de los insectos, que siempre logran traspasarla como si no existiese.

Sábana liviana con mi olor de cortador de bijao, y vamos a dormir ya.

Pero alguien tuvo que haber comido dulces en mi cama, porque por el borde derecho, donde siempre dejo colgar el brazo, escuchando mi oreja los latidos del corazón que se reflejan en él, estaba caminando una fila de hormigas.

-¡Válgame Dios! - Exclamé.

Pasé mi mano pesada y aciaga sobre la fila de hormiguitas, restregándolas, y traté de dormirme de nuevo.

Ya mis afortunados vecinos estaban rendidos. La música de Don Tomás se escuchaba sólo por momentos, como si se estuviera despidiendo, como si ya no la quisieran poner.

Comencé a dormirme otra vez.

Mi pantalón de caqui empapado en sudor. Las gotas de sudor y las burbujas de aire me corrían por las piernas como si fueran Tuqueques, esos lagartijos que se le enciman a uno cuando uno tumba una casa que tiene muchos años. No hacen nada, sólo dan cosquillas, aunque aquí hay mucha gente que les tiene miedo.

Yo me acordé de los Tuqueques porque me había acostado con el pantalón de caqui, arremangado y todo. No me había quitado ni el rebenque. Me quité el rebenque, pero no me

quité el pantalón. Estaba cansado, estaba agotado y no me quería parar a sacarme el pantalón y quedarme en ropa interior. El pantalón se sudó y sentía las burbujas de aire cuando me movía, dos o tres veces. Y así acalorado e incómodo me quedé, porque lo que más quería en el mundo era dormir.

La otra noche fue el Faro el que no me dejó dormir. Eso que en otras partes llaman Rabipelao, Zarigüeya, aquí le dicen Faro y se lo come la gente, pero a mí no me gusta porque tiene mucho almizcle. Lo mataron Alberto y Abelardo, los dos muchachos de al lado, porque el animal se movía como quien dice por el mismo techo. Ese bicho sí que hace un ruido bien molesto. Bueno, no sé si será siempre, será cuando está en celo. Toda la noche oyendo al bendito animal, y quién sabe qué fuera, porque yo nunca antes había oído cantar así al Faro. Hace como un Tuqueque, como si estuvieran tocando la puerta, pero más rápido, y a continuación como un pollito, las dos cosas combinadas, esas dos: como un Tuqueque acelerado y después un pollito...pone a pensar a cualquiera, porque suena bastante raro. Pero rápido me gritaron los muchachos preguntando si estaba oyendo al Faro dizque en celo. Abelardo dijo que estaba cantando una serenata y se echaron a reír, y antes del amanecer ya habían matado al Faro, pero no nos dejó dormir.

Bueno, ahora si estaba yo ese día como el día del Faro, no me podía dormir.

Ahora una hormiga se me paraba en la oreja, y cuando llevaba la mano, ya no estaba. Se me paraba una hormiga en el brazo, y cuando me rascaba, ya no estaba. Yo pensaba que estaba a punto de llover, porque sentía que eran como taritas de lluvia, que son esas hormigas con alas que salen cuando llueve, para ampliar el territorio. ¡Más fastidiosas que el carajo!

Estaba tan concentrado en oír por donde venían las benditas hormigas, o lo que fuera, que extrañamente escuchaba la respiración de Abelardo, pausada y definida, al otro lado de la pared de barro. Pero vaya usted a saber por qué escuchaba la respiración de Abelardo, con una pared de por medio. Seguro que Abelardo, como yo, estaba bastante cerca, o recostado a la pared.

Con sopor, con calor, con mosquitos, con hormigas, con picadas de zancudos molestosas en varias partes de cuerpo, me venció el sueño por unos instantes, y soñé con mi noviecita del colegio, Xiomara. Soñé que la tomaba de la mano, y le sobaba el pelo, pero ella estaba brava y me empujó. Estaba tan concentrado en la imagen de Xiomara, que al momento en que me despertaba, casi sentía su empujón de verdad en mi brazo, sacándome el cuerpo sin razón. Ese empujón de Xiomara me causó un gran temor, yo diría, mucho miedo, de que Xiomara me hubiese empujado, y me puse a pensar por qué.

Para entonces debían hacer como cuarenta grados a la sombra, esa noche, porque sentía la frente perlada de sudor, y las hormigas no dejaban de buscarme. Nunca había pasado tan

mala noche. Mi ventana, que al acostarme me quedaba bastante alta, estaba abierta, y podía ver por ella algunas nubes, y un ramo de una mata, que ni se movía con el viento. Las nubes no eran nubes de lluvia, y casi ni se movían tampoco.

Pero una brisita benevolente me llegaba por momentos. Un tanto la sentía por un lado de la cara, refrescándome, otro tanto la sentía por cerca del antebrazo, refrescándome también, cosa que me parecía de lo más curiosa. Pero de pronto me dí cuenta de que la brisita era la respiración de Abelardo, y eso sí de verdad que me alarmó. Ya me quería parar.

En la casa hacía dos días que teníamos luz eléctrica, y yo no me había acordado, con todo ese jaleo de las hormigas y los zancudos, y acordándome del Faro. Así que cuando sentí como una pequeña lengua rozándome la frente, me paré de un brinco y prendí la luz.

Una grandísima culebra Mapanare se bajó de la cama, furiosa, y se levantó como medio metro frente a mí. Ni siquiera a Xiomara la había visto tan rabiosa en el Liceo. De lo larga que era, tardó una eternidad en enrollarse, emitiendo un silbido apagado y constante.

E inmediatamente después, se abalanzó.